

*Reunión de Naupacto, donde se concierta la paz de los aliados. – Parlamento de Agelao para persuadirles a la unión.*

Así que estuvieron reunidos los plenipotenciarios (año -218), Filipo despachó a Etolia a Arato y Taurión con algunos otros que los acompañasen. Éstos llegaron allá a tiempo que toda la nación celebraba una asamblea en Naupacto. A las primeras conferencias que tuvieron, advirtieron los deseos que todos tenían por la paz, y al punto volvieron a dar cuenta a Filipo de lo sucedido. Los etolios, con el anhelo de acabar la guerra, enviaron con éstos sus embajadores a Filipo, rogándole viniese a Naupacto con sus tropas, para que tratados más de cerca los asuntos, se concluyesen con más conveniencia. El rey cedió a sus instancias, y pasó a la cabeza de su ejército a lo que llaman los valles de Naupacto, distantes veinte estadios de la ciudad. Allí acampó, levantó una trinchera alrededor de sus navíos y campamento, y esperó el tiempo del congreso. Los etolios acudieron todos sin armas, y separados dos estadios del campo de Filipo, trataban y conferenciaban sobre lo que ocurría. Lo primero que envió a decir el rey a los diputados de los aliados fue que concertasen la paz con los etolios, bajo la condición de que unos y otros retuviesen lo que al presente poseían. Esto lo aprobaron los etolios. Sobre los demás artículos particulares hubo de una y otra parte frecuentes legaciones que omitimos por no contener cosa que merezca la pena de referirse. Sólo haremos mención del discurso que tuvo Agelao de Naupacto en la primera sesión, a presencia del rey y de los aliados que habían concurrido.

«Lo que más importa a Grecia, dijo, es no tener guerras intestinas, y sería un gran favor de los dioses, si con unos mismos sentimientos y cogidos de las manos como los que vadean los ríos consiguiésemos rebatir los insultos de los bárbaros y conservar nuestras ciudades y personas. Pero ya que no se puede cimentar esta concordia para siempre, al menos en las actuales circunstancias nos conviene conspirar y velar por la salud común, si echamos la vista sobre los formidables ejércitos e importancia de la guerra que se está haciendo al presente. Pues no habrá alguno, por medianamente instruido que se halle en la ciencia del gobierno, que no advierta que los vencedores, bien sean cartagineses, bien romanos, jamás se contendrán verosímilmente dentro de Italia y Sicilia, sino que extenderán y alargarán sus miras y fuerzas más allá de lo justo. Bajo este supuesto, a todos nos conviene estar atentos al peligro, pero sobre todo a vos, Filipo. El medio de estar a la mira es, si en vez de arruinar Grecia y facilitar su conquista a los invasores, la miráis como a vuestro propio cuerpo, y tomáis a cargo la defensa de todas sus partes como miembros y pertenencias de vuestro reino. Si de este modo manejáis sus intereses, los griegos os estarán afectos y os serán socios inviolables en vuestros propósitos; y los bárbaros, asustados de la fe que Grecia os profesa, no podrán ma-

quinar contra vuestro reino. Sin embargo, si os arrastra la ambición de mandar, volved los ojos al occidente, y considerad la guerra que abrasa Italia; que como espiéis con cuidado la ocasión, ello os abrirá camino para el imperio del universo, pensamiento nada extraño en las actuales circunstancias. Pero si tenéis alguna contestación o guerra que hacer a los griegos, os suplico la remitáis a otro tiempo más desocupado; y ahora anheléis sobre todo a que esté en vuestra mano la potestad de hacer la paz o la guerra con ellos a vuestro antojo. Porque si permitís que la nube que ahora se descubre al occidente venga a descargar sobre Grecia, temo con sobrado fundamento que de tal modo nos corte la libertad de hacer treguas, tomar las armas y terminar las disputas que ahora tenemos, que tengamos que suplicar a los dioses nos concedan la facultad de hacer la guerra a nuestro arbitrio, concertar la paz entre nosotros, y, en una palabra, ser árbitros de nuestras contestaciones.»

Este razonamiento de Agelao inflamó a todos los aliados para la paz, pero especialmente a Filipo, a cuyo deseo, dispuesto de antemano por las exhortaciones de Demetrio, fue más conforme el discurso. Y así, convencidos sobre los artículos particulares, se firmó el tratado y se retiró cada uno a su casa, llevando a su patria la paz en vez de la guerra. Todos estos acaecimientos, a saber, la batalla perdida por los romanos en Toscana, la de Antíoco sobre Celesiria, y la paz de los aqueos y Filipo con los etolios sucedieron en el tercer año de la ciento cuarenta olimpiada. Ésta fue la primera época, ésta la primera asamblea en que los intereses de Italia y África se mezclaron con los de Grecia. De aquí adelante, bien se hiciese la guerra, bien se concertase la paz, ni Filipo ni los jefes de las Repúblicas griegas reglaban sus asuntos con respecto sólo a Grecia, sino que todos tornaban sus miras a Italia. Los insulares y los pueblos del Asia siguieron poco después el mismo ejemplo. Porque si tenían algún disgusto con Filipo o alguna diferencia con Átalo, ya no acudían a Antíoco y a Ptolomeo, ni miraban al mediodía y levante; volvían sí sus ojos al occidente; y bien a Cartago, bien a Roma, todos dirigían allá sus embajadas. Del mismo modo los romanos, conociendo la audacia de Filipo, enviaban sus legados a Grecia, por temor que en circunstancias tan calamitosas no se les añadiese este nuevo enemigo.

Pero puesto que hemos manifestado claramente, según ofrecimos al principio, el cuándo, cómo y con qué motivo los intereses de Grecia vinieron a mezclarse con los de Italia y África; y que consecutivamente hemos referido las acciones de los griegos, hasta aquellos tiempos en que los romanos perdieron la batalla de Cannas, época en que acaba la narración de los hechos de Italia, será bien finalicemos igualmente este libro, una vez que lo hemos igualado con aquella data.